

Quinientos años de incomprensión



El corazón tiene sus razones -dice Pascal- y a veces esas razones tienen una larga historia.

Recientemente firmé una tarjeta para un amigo -un devoto bautista- cuya educación supuso cierto recelo de parte de los católicos romanos. Eso es algo con lo que él aún lucha; ¡pero todos nosotros no! La historia infecta por fin nuestro ADN. ¿Quién de nosotros está enteramente libre de recelo de lo que es religiosamente diferente de nosotros? Y ¿cuál es el remedio? El contacto personal, la amistad y el diálogo teológico con los de otras denominaciones y otras creencias ayudan a abrir nuestras mentes y corazones, pero el fruto de siglos de amarga incomprensión no desaparece tan fácilmente, de modo especial cuando está institucionalmente arraigado y alimentado como una protección profética de Dios y la verdad. Y así, en lo tocante a los cristianos de otras denominaciones, permanece en la mayoría de nosotros una enfermedad emocional, una incapacidad de ver al otro totalmente como uno de nosotros.

Y así, al firmar esta tarjeta para mi hermano cristiano separado, escribí: “A un compañero cristiano, hermano en el Cuerpo de Cristo, buen amigo, del cual estoy separado por 500 años de incomprensión”.

Quinientos años de incomprensión, de separación, de recelo, de defensiva; eso no es algo que se supere fácilmente, en especial cuando en su centro hay cuestiones sobre Dios, la verdad y la religión. Por supuesto, ha habido enorme progreso positivo conseguido en los últimos cincuenta años, y muchas de

las originales y ruidosas incomprensiones han sido superadas. Pero los efectos de la histórica ruptura con la Cristiandad y la reacción a ella están presentes hoy y son todavía vistas dondequiera, desde las altas oficinas de la iglesia a debates en la academia de teología y recelos en la mente popular.

Es triste ver cómo nos hemos fijado tanto en nuestras diferencias, cuando en el centro, en el corazón, compartimos la misma fe esencial, las mismas creencias esenciales, los mismos códigos básicos de moral, las mismas Escrituras, la misma creencia en la otra vida y el mismo credo fundamental; esa intimidad con Jesucristo es el objeto de nuestra fe. También -no insignificadamente- hoy también compartimos los mismos prejuicios y parcialidades contra nosotros, tanto si estos vienen de los fundamentalistas de otras religiones como si vienen de los super-celosos, super-secularizados, post-cristianos de nuestra propia sociedad. Para alguno que nos mire desde fuera, nosotros, todas las diferentes denominaciones, nos asemejamos a un monolito: una sola fe, una sola iglesia, una única religión, nuestras diferencias largamente eclipsadas por nuestra comunión. Tristemente, tendemos a no vernos así desde dentro, donde nuestras diferencias, más frecuentemente que no basadas sobre una incomprensión, son vistas para impedir el crecimiento de nuestro común discipulado.

Sin embargo, la Epístola a los Efesios nos dice que, como cristianos, compartimos *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios que es Padre de todos nosotros*. A su nivel más esencial, eso es cierto de todos nosotros como cristianos, a pesar de nuestras diferencias nominales. Somos uno en lo más central nuestro.

Desde luego, hay algunas verdaderas diferencias entre nosotros, aunque la mayoría referido a cómo entendemos ciertos aspectos de la iglesia y ciertas cuestiones en moralidad, más bien que a cómo entendemos las verdades más profundas sobre la naturaleza de Dios, la divinidad de Cristo, el don de la Palabra de Dios, el don de la Eucaristía y la inalienable dignidad y destino de todos los seres humanos. En la jerarquía de la verdad, este núcleo esencial es lo que resulta más importante, y en este núcleo esencial estamos esencialmente de acuerdo. Esa es la verdadera base de nuestro común discipulado.

Eclesialmente, las cuestiones que nos dividen se centran mayormente sobre la autoridad de la iglesia, sobre la ordenación al ministerio, sobre si enfatizar la palabra o el sacramento, sobre cómo entender la presencia de Cristo en la Eucaristía, sobre el número de sacramentos, sobre el lugar de los sacramentales y las devociones en el discipulado, y en cómo escritura y tradición se accionan recíprocamente. En relación a cuestiones morales, las cuestiones que nos dividen son también las cuestiones del “botón rojo” de nuestra sociedad en conjunto: el aborto, el matrimonio, el control de la natalidad y el lugar de la justicia social en el discipulado. Pero, incluso sobre estas, hay más acuerdo que diferencia entre las iglesias.

Además, hoy, las diferencias sobre cómo entendemos muchas de las cuestiones eclesiales y morales que nos dividen son más *temperamentales que denominacionales*, esto es, tienden a ser más una cuestión de teología de uno que afiliación denominacional de uno. Se da por hecho que la teología denominacional clásica aún desempeña un papel, pero hoy las divisiones relativas a cómo vemos ciertas cuestiones eclesiales y morales, tales como la ordenación, el matrimonio gay, el aborto o la justicia social, son menos una tensión entre católicos romanos y protestantes (y evangélicos) de lo que son entre los que se inclinan temperamental y teológicamente en una dirección más bien que la otra. Es quizás demasiado simplista presentar esto en términos de liberales contra conservadores, pero al menos mucho de esto es verdad, la línea divisoria sobre estas cuestiones hoy está volviéndose cada vez menos

denominacional.

El credo cristiano más temprano tuvo, sin embargo, una simple línea: *¡Jesús es Señor!* Todos los cristianos estamos aún de acuerdo con eso, y así permanecemos hermanos y hermanas, separados sólo por quinientos años de incomprensión.

Ron Rolheiser (Trad. Benjamín Elcano, cmf)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/quinientos-aos-de-incomprension